



PLAN

DANA HART

Sus primeros recuerdos de la infancia fueron jugando en el taller. Sus padres querían que aprendiera a ser la voz de mando, pero ella aprendió exactamente todo lo contrario.

Las obreras le daban cereales que no vendían en la esquina de su casa, ni en ningún negocio que hubiese visitado. Eran copos de arroz inflado, crujientes, listos para meterse en la boca, pintados de todos los colores.

Como ella era una niña, se imaginaba que una persona los había pintado uno por uno, y no podía creer la perfección con la que no le había quedado un solo lugar en blanco.

Ese arroz debe haber viajado desde el norte, venía con ellas, en sus viajes para ver a su familia. Y se lo daban, en unas bolsitas, para que se pasara la mañana sentadita, comiéndomelos.

Tenía la mirada dulce cuando estaba a favor, y en cambio fruncía el ceño en forma de intersección cuando estaba en contra.

Andaba con su vestido de flores y el pelo suelto. Le gustaba hamacarme entre las máquinas, colocando una mano encima de cada mesón enfrentado y ella en el medio, levantaba las piernas, para flotar y balancearse.

Una vez, se cayó de pera y tuvieron que llevarla a la Urgencia para darle puntos, pero afortunadamente no le quedó ninguna cicatriz que demuestre la veracidad de esa historia, que ni su madre recuerda.

Le regalaban también, tréboles de tres hojas, que ellas decían que valían mucho más que los de cuatro. Y Elena se los comía a escondidas, junto con el arroz de colores.

Se había hecho muy amiga de una vecina, Cecilia, con la que se veían a menudo en las tardes. Iban al baño al mismo tiempo y se robaban el licor de chocolate para tomarlo de a sorbitos.

Cecilia le había enseñado que en el cuerpo, abajo, abajo, había sensaciones placenteras, que podían

sentirse mediante un calcetín, con el que se frotaban durante horas.

También jugaban a los novios, y se besaban como en las películas, sin que nadie las viera, asumiendo roles y disfrazándose con las ropas viejas de las abuelas.

Cuando Elena veía que las obreras fumaban cigarros a escondidas, en vez de ser el hijo de un patrón que va corriendo a contarles a sus padres, ella esperaba a que se marcharan, para ir a fumarse las colillas que dejaban en el suelo.

Era muy pequeña, pero con la suficientemente inteligencia como para no tragarse el humo y solo aparentar que estaba fumando. Le gustaban ellas, sentía mucha más cercanía que con su propia madre.

A la madre casi nunca la veía. Cuando estaba, pasaba como una sombra, rápida y furtiva. No recuerda escenas de ella. Acariciándola. Contándole alguna historia. Simplemente no la recuerda en aquella época.

Las obreras en cambio, estaban siempre en la máquina y podía ponerse entre sus pies. Le habían hecho un colchón casero, como un almohadón gigante que siempre tenían limpio y dispuesto.

Tal vez la veían como un gatito o un perrito, una mascota que deambulaba calladita, sin molestar, recibiendo arroces de colores, con gusto y una enorme sonrisa.

De haberla identificado con el patrón, la habrían pateado, o sin querer, habrían derramado sobre sus cabellos, algún café hirviendo, u alguna otra manifestación de repudio como esa.

Nunca recibió un mal trato por parte de ellas. Cuando el taller se trasladó a Santiago y creció exponencialmente, la adolescencia la atrapó allí metida, entre calcetines y medias.

Aprendió a coser, zurcir, cortar. Aunque nunca perdió el miedo a la cortadora manual y el riesgo a quedarse sin

uno, dos, o los diez dedos. Era una experta marcando con tiza las molderías.

Pronto comenzó a sentir la presión de tener que asumir un puesto de jerarquía, el cual rechazaba fervorosamente. Nunca hubiera podido amancillar un látigo sobre ellas.

Tuvo enormes discusiones familiares. Su padre estaba decepcionado. Su madre intentaba provocarle con preguntas irritantes. Era su madre. Era su padre. Pero a su vez, eran los patronos.

Apuntando con el dedo índice hacia las tareas que no iban a realizar jamás, esperando que otras personas las cumplieran, y obteniendo por ello, plusvalía. Decidió no ser un patrón. Decidió el bando de las obreras.

Era el Chile de los años `20, así que entró a estudiar abogacía y terminó recibéndose como una de las únicas quince primeras mujeres en poder hacerlo debido al sistema.

Empezó a armar talleres educativos, al que asistieron trabajadores y trabajadoras de todo el país. Hasta el propio Luis Emilio Recabarren participó en sus charlas hacia el movimiento obrero.

Se estiraba el pelo negro hacia atrás, dejándose una raya al costado. Y usaba camisa y corbata, porque nunca un atuendo hizo las diferencias. Sobre el cual se ponía un vestón con el color del vino tinto.

Viajó por el mundo, conociendo también a destacadas mujeres como Gabriela Mistral, y conociendo nuevas compañeras con quienes formó un Movimiento Pro-Emancipación de las Mujeres.

Defendió y promovió la defensa de los derechos de la mujer trabajadora, como el derecho al sufragio, hasta sus últimos días. Sin dejar nunca de masticar arroz y tréboles entre sus dientes.



WWW.DANAHARTESCRITORA.COM